
CAPITULO I.

CONSIDERACIONES GENERALES.

§ I.—Importancia de este estudio.

I.

¿De dónde procede la Revolucion? Las pasiones se han apoderado de esta cuestión, y la respuesta que dan es dictada por el interes, no por el espíritu de verdad. El cristianismo tradicional y el libre pensamiento se disputan el imperio del mundo; la rivalidad llega hasta el tranquilo terreno de la historia; quieren apoderarse del pasado, como del presente, para dominar el porvenir. Los defensores del catolicismo quisieran reconciliar á la humanidad moderna con una religion que ha abandonado ya; como las generaciones nuevas le echan en cara el ser hostil á las ideas de libertad, de igualdad, que resuenan por todo el mundo desde 1789, se esfuerzan por quitar esta arma peligrosa á sus adversarios. Pero ¡cosa notable! no se entienden entre sí. Los verdaderos ortodoxos retroceden de horror solamente con oír el nombre de Revolucion; la maldicen como obra de Satanás; y, sin embargo, arrastrados á su pesar por la gran oleada de los tiempos, acusan á los revolucionarios de haber robado á la religion cristiana cuanto hay de verdadero y de generoso en las aspiraciones del 89. Hemos oído á uno de esos fanáticos ultramontanos; enemigo ciego de la Revolucion, se ve obligado á hacer concesiones á esta misma Revolucion:

«La Revolucion, dice monseñor de Segur, se oculta bajo res-

petables nombres, como el lobo bajo la piel del cordero; porque si se mostrase tal cual es, espantaría á todos los hombres honrados. ¿Cuál es esta piel de cordero? No cabe duda de que lo es la Iglesia, y claro está que para monseñor de Segur no hay más Iglesia que la de Roma. La Iglesia romana, la Iglesia de los papas es, pues, desde hace diez y ocho siglos, quien «imprime un respeto religioso á las ideas de libertad y de progreso.» ¿Qué ha hecho la Revolución? Se ha apoderado de estos nombres venerados, y con ellos ha seducido á una multitud de espíritus sinceros. Monseñor de Segur quiere desengañarlos, y al mismo tiempo volverlos al seno de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion. La empresa es difícil, pero todo es posible para el celo que no retrocede ante ningun medio, ni aún ante la mentira. Monseñor enseña, pues, á los jóvenes, porque á la juventud es á quien trata de convertir, que la Iglesia no condena los principios del 89; léjos de ello, reivindica como suyas las grandes máximas de verdadera libertad, de verdadera igualdad y de fraternidad universal que la Revolución ha proclamado como obra de la filosofía (1). ¿Cómo resistir á la solitud de una Iglesia que asegura la salvacion en la otra vida, y que da en esta todos los beneficios que la Revolución promete á sus adeptos?

Si esto es así, no todo proviene de Satañas en la obra de la Asamblea nacional; hay una parte de verdad, ¿qué digo? todo es verdad en los principios del 89, puesto que han sido tomados, robados á la Iglesia, la cual, como todo el mundo sabe, tiene el depósito de la verdad absoluta. Esto es lo que comprende perfectamente otra fraccion del partido católico. Estos adoptan en un todo el lenguaje del liberalismo; si nos atuviéramos á las palabras y á la exterioridad, se creeria que tratábamos con libres pensadores, con demócratas. Aceptan todas las conquistas del espíritu humano, protestan que esto no es una transaccion con los desdichados tiempos en que vivimos, pretenden muy formalmente que el catolicismo es idéntico con la libertad. ¿Esto es cálculo? ¿es mala fe? ¿es ilusion de espíritus arrastrados á la vez á la fe del pasado y á las

(1) MONSEÑOR DE SEGUR, *la Revolución* (dedicada á los jóvenes), §§ 9 y 11. Tengo á la vista la 5.ª edicion.

aspiraciones del porvenir? Dejamos la respuesta á Dios, limitándonos por ahora á hacer constar lo contradictorio de las doctrinas de un partido que no ha retrocedido jamas ante ninguna superchería, digamos la palabra, ante ninguna falsificacion, con tal de conseguir su objeto. Lo más singular aún, lo más inexplicable, es que estos errores interesados de los hombres del pasado han seducido á los defensores sinceros de la libertad. Se forman un cristianismo para su uso particular, refiriendo al Evangelio sus convicciones y sus esperanzas. Si se les opondrá la antipatía constante que la Iglesia oficial ha mostrado por todo lo que se llama libertad, se echan en brazos de la religion de Cristo é invocan, en caso necesario, el cristianismo reformado que se ha atribuido la mision de volver á la pura doctrina de su divino maestro.

Los libres pensadores rechazan naturalmente un concepto de la Revolución que haria de las ideas del 89 un mal plagio del Evangelio. Dicen que, segun la intencion de los revolucionarios, aquel inmenso cambio debia inaugurar una nueva era; que, léjos de ser una vuelta á lo pasado y principalmente al cristianismo tradicional, la Revolución hizo una guerra á muerte al pasado, y sobre todo al cristianismo; que la ambicion de los hombres del 93 era sustituir la religion de la Iglesia por la religion natural, es decir, una religion que pretendia ser revelada, por una religion humana; lo cual prueba la imposibilidad absoluta de un vínculo de filiacion entre las creencias cristianas y los dogmas del 89. ¿De dónde procede, pues, la Revolución segun los libres pensadores? De la filosofía. En este punto están completamente de acuerdo con los ultras del partido católico, sólo que esta filiacion es para los ultramontanos de pura raza una razon para censurar lo mismo á la filosofía que á la Revolución, á la filosofía como una obra envenenada, forjada en las tinieblas del infierno, y á la Revolución como el fruto de aquella conspiracion infernal (1), mientras que los libres pensadores celebran á los filósofos como á los gloriosos precursores de la Revolución. Pero, por su parte, los libres pensadores no están completamente conformes entre sí. Unos aceptan resuelta-

(1) GEORGET, abate (ex-jesuita); *Memorias para la historia del siglo XVIII*, t. II, p. 218.

mente toda la herencia de la Revolucion, como una especie de revelacion de los destinos futuros de la humanidad, y glorifican en todo á los filósofos, como los Bautistas del Cristo revolucionario. Otros, viendo fracasar la Revolucion en el seno de la nacion que la inauguró, se preguntan si tal vez la habrian extraviado los filósofos; distingúense, tanto en el movimiento filosófico como en la Revolucion, dos tendencias; una que confunde la libertad con la soberanía y la igualdad, y que conduce al socialismo de 1848; otra que reconoce en el hombre derechos naturales que la sociedad tiene por mision asegurar, y que no considera las formas políticas más que como una garantía de los derechos individuales.

II.

Hé aquí sistemas que se entrecrocán y combaten. ¿Dónde se halla la verdad? Creemos es importante el averiguarlo. No se trata de una vana curiosidad de anticuario. Se trata, no tanto del cristianismo ó de la filosofía, como de nosotros mismos, porque el objeto del debate es nuestra vida, nuestro porvenir. ¿Procede la Revolucion del cristianismo tradicional? En ese caso, es preciso volver á los altares que hemos abandonado. Hemos equivocado el camino desde el siglo XVI, debemos retroceder y reconocer nuestro error. Pero la vuelta á lo pasado es la más imposible de todas las imposibilidades. La humanidad ha hecho ya la experiencia en el terreno mismo de la religion. En el siglo XVI pretendieron los reformados que la sociedad cristiana debia volver al cristianismo primitivo; ellos mismos estaban convencidos de que su doctrina era la del Evangelio; se defendian, como de un crimen, de la imputacion de querer cambiar, ni en poco ni en mucho, lo que llamaban la palabra de Dios, porque para ellos Jesucristo era Dios y la Sagrada Escritura era una revelacion divina. Hé aquí una revolucion que trataba de restaurar el pasado. Ahora bien; ¿qué ha sido de aquella restauracion? Fué un primer paso fuera del cristianismo tradicional, y este primer paso fué seguido de otros varios. Hoy los protestantes avanzados no creen ya ni en la divinidad de Cristo ni en la revelacion de la Escritura.

El cristianismo reformado da la mano á la filosofía. Si se en-

tiende el Evangelio á la manera de los protestantes racionalistas, puede decirse que la Revolucion procede de Jesucristo, como puede decirse que procede de Rousseau y de Voltaire. Pero esta vaga respuesta no es bastante. Nada más inútil, mejor dicho, nada más funesto que la vacía fraseología con que muchos se contentan cuando se trata de un problema histórico. Hay historiadores que creen haberlo dicho todo cuando han afirmado ó negado que la Revolucion tiene sus raíces en el cristianismo ó en la filosofía. Pero ¿de qué sirven frases y palabras? Como solucion del problema histórico, evidentemente de nada. La historia pide hechos y no frases. Cuando el problema interesa al porvenir de la humanidad, la palabrería religiosa ó filosófica es más que inútil, es peligrosa. En efecto, extravía los espíritus, cuando debería iluminarlos y guiarlos. Hay en la Revolucion verdades eternas; hay errores censurables. ¿Cuál es la parte de error y cuál la parte de verdad? ¿A quién debe atribuirse la gloria de la verdad, y sobre quién recae la responsabilidad del error? Hé aquí cuestiones históricas que nos tocan muy de cerca. En definitiva, se trata de saber si podemos fiarnos de las inspiraciones de la filosofía, ó si debemos cumplir los mandamientos de la Iglesia. Si por lo ménos el cristianismo de que se hace derivar la Revolucion, es un cristianismo que se armoniza con la razon, es la luz verdaderamente divina que Dios nos ha dado para conducirnos al cumplimiento de nuestro destino.

Para contestar á estas cuestiones es preciso dejar á un lado vagas generalidades y entrar en el fondo de las creencias y de las doctrinas. Este trabajo está erizado de dificultades, pero, si llegamos á un resultado cierto, daremos por bien empleados los trabajos y los disgustos que hayamos encontrado en el camino. Hemos alcanzado ya la mitad de nuestro propósito. Sabemos que la Revolucion se ha dejado seducir por una falsa idea de libertad. Sabemos que se ha propuesto por fin ideal una falsa igualdad, y que la soberanía que ha reivindicado para el pueblo, ha llegado á ser un arma en manos del despotismo. Importa también saber de dónde ha sacado estos errores. La filosofía es culpable á nuestro entender; la religion lo es igualmente, y aún más, porque lo que ha engañado á los filósofos es una idea religiosa. Investigaremos las causas que

han extraviado á la filosofía y á la religión. Jamás habrá suministrado la historia una lección más grave y más saludable á los pueblos. Iluminados por el pasado, no confundirán ya el pan de vida con un alimento envenenado; no porque todo sea veneno en el cristianismo tradicional y en la filosofía que se ha inspirado en él, sino que ha llegado el tiempo de separar el error de la verdad.

La Revolución del 89 ha inaugurado una era nueva. Hoy ya gozamos de sus inapreciables beneficios, y otros aún mayores nos esperan. ¿A quién somos deudores de ellos? ¿y de dónde hemos de sacar la palabra de vida? ¡Cuestión capital! Importa que sepamos si somos hijos de la Iglesia ó hijos de la filosofía. Nuestra respuesta es conocida de antemano. La fuente de vida no está en el pasado; sólo por una falsificación de la historia se llega á transformar el catolicismo en una religión de libertad. ¿Quiere esto decir que haya que rechazar al cristianismo mismo como una religión de servidumbre? Es verdad que el cristianismo tradicional no ha tenido jamás el sentido de la libertad política; pero también es verdad que hay en la predicación de Jesucristo un primer germen de esta libertad individual, de estos derechos del hombre que nos son tan queridos. Él ha sido el primero que ha emancipado la conciencia del yugo de la soberanía absorbente de César. Pero debemos añadir que la Iglesia ha alterado, corrompido las palabras de aquél á quien respeta como á un Dios, hasta el punto de que una doctrina de emancipación ha llegado á ser una doctrina de servidumbre. Para dar á las palabras de Jesucristo su verdadero sentido, para desarrollar el germen de libertad religiosa que contienen, ha sido precisa una nueva civilización, razas nuevas; ha sido preciso un movimiento filosófico, completamente ajeno al fundador del cristianismo. En este sentido saludamos á Jesucristo como el precursor de la libertad moderna, y por consiguiente, de la Revolución. Por esto mismo censuramos á sus indignos sucesores, que han usurpado su herencia y explotado su gran nombre. Los verdaderos y legítimos herederos son los libres pensadores. Nosotros somos, pues, hijos de la filosofía, y no hijos de la Iglesia.

§ II.—La Revolución y el cristianismo.

N.º 1.—*Las ilusiones de los amigos de la libertad.*

I.

El 5 de Agosto de 1789, un orador cristiano, el abate Fauchet, subía al púlpito para celebrar la memoria de los mártires del 14 de Julio. Singular espectáculo, que hubiera hecho retroceder de horror á Bossuet y al mismo Fenelon! En un templo católico, un ministro de la Iglesia romana iba á pronunciar la oración fúnebre de los hombres que habían derramado su sangre por la libertad, destruyendo el antiguo régimen personificado en la Bastilla. Ahora bien, hasta la víspera de la Revolución, los representantes oficiales del catolicismo habían condenado, censurado, las aspiraciones de la libertad! Habían ensalzado el antiguo régimen, la monarquía absoluta, como un poder instituido por Dios, y ordenado la obediencia pasiva como el primer deber del cristiano! Pongamos frente á estos sentimientos tradicionales de la Iglesia los nuevos acentos que resonaron en el santuario de Nuestra Señora (1).

El abate Fauchet rechaza altamente, con desprecio, «á los falsos intérpretes de los divinos oráculos que quieren, en nombre del cielo, hacer que los pueblos se arrastren bajo la voluntad arbitraria de sus jefes. Han consagrado el despotismo, exclama, haciendo á Dios cómplice de los tiranos. Este es el más grande de los crímenes.» El sacerdote demócrata va á probar que Jesucristo ha predicado la democracia: «¿Qué dice el Evangelio? *Los reyes de las naciones infieles dominan. Hermanos, no sucederá lo mismo entre vosotros. Tendréis que comparecer ante los reyes y ante los que presiden; os mandarán la injusticia, y vosotros les resistiréis hasta la*

(1) FAUCHET, abate, *Discurso pronunciado el 5 de Abril de 1789 por los mártires del 14 de Julio*, p. 6-8.